

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios Históricos. por don A. Pirala.—Himnos á la Noche (poesia), por don Antonio Arnao.—Cuentos de color de Rosa (continuacion), por don Antonio de Trueba.—Los Pintores de Fiestas galantes, por doña Adriana F. Janer.—Bibliografía.—Modas.—GRABADO: Figurin de niños.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

SEGUNDA PARTE.

Introduccion.

LAS AMAZONAS.



ONÓCENSE por Amazonas unas mujeres guerreras, con su reina y gobierno particular.

Las Amazonas mas antiguas habitaron las costas septentrionales del Africa, y subyugaron por algun tiempo á los atlantes, los numidas y los etiopes.

Otras Amazonas eran originarias de la Escitia ó de la Tartaria asiática, y extendieron sus conquistas hasta las fronteras de la Asiria; y aunque mas antiguas las de Africa, hay mas noticias de las asiáticas, cuyo origen se supone algunos años despues de la muerte del fundador del imperio asirio, en que los escitas se dividieron en bandos, y la discordia civil reemplazó á aquella union, con cuyo auxilio solo pueden hacerse fuertes los pueblos. Llegó á tal grado de encarnizamiento la division, que los dos caudillos del partido mas débil, llamados Plino y Escolpito, con cuantos quisieron seguirles, se refugiaron en la Capadocia, estable-

ciéndose despues en los campos que llamaban Temiscireos, en las orillas del Termodonte.

Aquel pueblo nómado vivia de las rapiñas que ejecutaba por las cercanias del Ponto Euxino: cansáronse los habitantes de aquellos paises de tales vejámenes, se pusieron de acuerdo, y persiguiendo y acometiendo sin cesar á tan malos vecinos, lograron exterminar á todos los hombres, y quedaron las mujeres abandonadas, haciendo una vida errante y precaria. Desesperadas éstas, el deseo de la propia conservacion, y mas aun el de una venganza proporcionada al daño que habian sufrido, las hizo perder el miedo á los hombres y á los combates, y á formar aquella especie de república, que luego fué tan temible.

Por eleccion, quizás, tenían dos jefes: una gobernaba, y la otra conducia la guerra. La naturaleza presenta en las abejas una república parecida.

Así lograron hacerse respetar y temer, y que los pueblos vecinos trataran con ellas por necesidad, y como de poder á poder. En este supuesto convienen todos los historiadores en que en cierta época del año, y en lugar convenido, se unian con alguno de aquellos mismos pueblos. Los hijos varones, producto de esta union, los entregaban á los padres, y se quedaban con las hijas, á las que daban aquella educacion varonil, que constituia su independencian, y era el fundamento del carácter particular de aquella república. Ejercitábanlas desde niñas en la caza, en domar caballos, y en funciones bélicas; y por medio de la presion, atrofiaban efectivamente su pecho derecho, reduciendo su tamaño natural para jugar el arco con mas agilidad. De ahí aseguran proviene su nombre: A, *privacion*, y Mazos, *mamila*.

Su traje era ligero y propio para la guerra: túnicas cortas ceñidas al cuerpo por un cinturón colocado sobre las caderas, como acostumbraban los hombres. Su arma defensiva era la *Plectra*, ligero escudo en forma de media luna, y era ofensiva, además del arco y lanza corta, la *Vipeuna*, especie de hacha de dos cortes.

Se ha asegurado que las Amazonas fueron á la guerra de Troya á auxiliar á los troyanos, y que su jefe, la famosa Pentelisea, murió á manos de Aquiles, discrepando en este punto algunos escritores, que dicen fué Pirro y no Aquiles su matador; pero fuera quien fuese, convienen en su existencia en favor de Priamo, y que pelearon como los mas valientes en aquel célebre asedio.

Aquellas famosas guerreras, conquistaron así en Asia como en Africa, algunos países con la fuerza de sus armas, y fundaron varias ciudades: sostuvieron muchos años largas y sangrientas guerras con los griegos, y terminaron volviéndose á unir con los escitas, de cuyo país procedían.

Quedaron tan arraigadas las costumbres belicosas en sus descendientes, que continuaron ayudando á sus padres y esposos en todas las funciones de guerra; propension que aun hoy se advierte en las mujeres que habitan aquella parte del Asia, como asegura Thevenot y otros viajeros dignos de crédito.

Como una prueba de la celebridad que adquirieron estas Amazonas, se cuenta que era tal el entusiasmo que la relación de sus heroicos hechos producía en los personajes antiguos, que algunos se consideraban muy ennoblecidos y se honraban mucho tomando el cognombre de Amazonios.

Esto en cuanto á la antigüedad: volviendo á época mas moderna, además de las Amazonas de Bohemia, que ya hemos indicado, se ha escrito mucho de las que descubrió en América, Orellana, teniente de Pizarro, en aquella célebre escursión que dió nombre al río de las Amazonas. Este suceso, como los antiguos, se exageró en tales términos, que se hace increíble. Mas no faltan escritores que con datos, que aseguran ser positivos, manifiestan que realmente existió en las orillas del Marañón una tribu de mujeres guerreras que pertenecían á la raza de los *Tupinambas*, de los cuales se habían separado por no poder sufrir su tiranía. Esto es lo que parece mas exacto, aunque no deja de ser una escepción de las leyes naturales y de lo que siempre ha sucedido en el mundo.

Mas natural se nos presenta el origen de las Amazonas asiáticas que el de las americanas; pues es mas lógico que el dolor de haber perdido á sus padres,

esposos ó hijos, á todos sus parientes y amigos, á todos los hombres en fin, les impulsase á unirse y á resistir primero y á combatir despues á sus enemigos homicidas, que el no poder aguantar la tiranía de los padres y de los esposos, les indujese á divorciarse de objetos en quienes nunca se ha visto se estinga ese afecto tan natural, mejor ó peor comprendido.

De todas maneras, hemos creído deber ocuparnos de la existencia de estas mujeres, pudiendo comprender nuestras lectoras por el ligero relato que acabamos de hacer, que si bien hay hechos que parecen fabulosos, hay otros no solo verosímiles, sino que ya no son nuevos.

Ni el valor, ni el patriotismo, ni el mas férvido entusiasmo se pueden negar á la mujer sin evidente injusticia, y demostrada tiene tambien su cordura y otras dotes que su esquisita inteligencia, su alma impresionable y su corazón ardiente, hacen que no solo resalten en la mujer, sino que le sean peculiares.

No habrá ejemplo de una grande cualidad, de un singular talento, de una escelsa virtud, que no tenga mas de una personificación gloriosa en la mujer; hallándose en todos los estados y en todas las posiciones, en reinas y en plebeyas se cuentan heroínas, y en humilde y en aristocrática cuna se ha mecido la niña que había de inmortalizar luego su nombre por su génio, la que había de demostrar que el saber no es patrimonio esclusivo del hombre.

Pero ya llegáremos á una época en que siguiendo el impulso que una esclarecida Reina, y española, para nuestra gloria, dió á las letras; brilló la mujer cual nunca ha brillado en nación alguna.

Antes de terminar esta introducción, darémos cuenta de las Argivas y de las Focenses, otra pléyade de heroínas, que hemos reservado para este lugar.

Una poetisa, Tesálida, guiaba á las Argivas, célebres mujeres que sostuvieron combates contra Cleómenes y Demarato.

Parece ser, segun Plutarco, que estando en guerra los argivos y lacedemonios, marchando de victoria en victoria, el rey de éstos, Cleómenes, acercóse á la ciudad de Argos, é iba á apoderarse de ella, despues de haber muerto á un número inmenso de ciudadanos, cuando las mujeres, por un heroico rasgo de patriotismo, tomaron á su cargo la defensa. Cuantas tenían edad proporcionada se armaron inmediatamente, y coronaron los muros con grande admiración de los enemigos; siendo tal y tan vigorosa la resistencia que hicieron, que Cleómenes, despues de haber intentado infructuosamente varios asaltos, que le costaron gran pérdida, levantó el sitio y se retiró humillado por el esfuerzo de aquellas heroí-

nas; nuevas amazonas, á quienes no el abandono y la desesperacion, sino el amor y el patriotismo las infundió el aliento de los guerreros, y les dió la palma de los héroes victoriosos.

Sócrates dice que estas Argivas rechazaron y pusieron en fuga á otro rey llamado Demarato, á pesar de que ya habia ocupado la parte de la ciudad que se llamaba Pamfilia.

Libertada Argos de esta suerte por el valor de las mujeres, determinaron enterrar á cuantas habian muerto en la defensa en la via llamada Argia; y á las que quedaron se les permitió que erigieran un simulacro á Marte para eterna memoria de sus hazañas. Desde entonces celebrábanse en Argos unos solemnes sacrificios, presentándose las mujeres con las vestiduras de los hombres, y estos con túnicas talaras, y cubierta la cabeza con velos femeniles.

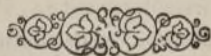
Para restaurar la pérdida de los ciudadanos muertos, se casaron, no como dice Herodoto, con los esclavos, sino con los habitantes de las ciudades cercanas, entre los cuales cada una eligió esposo á su voluntad.

No menos célebres se hicieron tambien las Focenses, llamadas así por ser de la Focida, citadas tambien con elogio por Plutarco, porque en tiempo de Daifauto, y cuando sostenia una guerra cruel contra los de Tesalia, suscribieron gustosas á perecer todas en las llamas, si llegaba el caso de que los enemigos entrasen en la ciudad por la fuerza. Pero derrotó Daifauto á sus enemigos en las inmediaciones de Cleonas, ciudad de la Argolida, y precisamente en el mismo campo en que segun los poetas habia Hércules dado muerte al leon de Nauceas.

Solemnes sacrificios (1) en honor de Diana celebraban los focenses para perpetuar la memoria de aquella señalada victoria y del heroismo de sus mujeres.

Muchos ejemplos podíamos presentar aun como los que acabamos de narrar, pero creemos basten los indicados para seguir nuestros estudios.

A. PIRALA.



(1) Los llamados Clafedolios.

LITERATURA.

HIMNO Á LA NOCHE.

(A mi amigo SALVADOR DE ALBACETE.)

Vengas en bien con tu azulado manto,
noche de amor, de estrellas coronada,
á ser consuelo al corazon, y encanto
del alma atribulada.

La mente del poeta
tu augusta magestad absorba admira,
rompiendo al eco de la osada lira
la cárcel que en el mundo le sujeta.

La escelsa cumbre de que altivo ha poco
hizo el sol, con su luz, brillante alfombra,
muerto en ocaso de la llama el foco,
velas en negra sombra.

Mas el fulgor del dia
no vale cual tu fúnebre hermosura,
que si él copia el placer y la ventura,
tú semejas la paz que al cielo guía.

Y no siempre en tinieblas y misterio
rápida cruzas la azulada esfera,
que hay una antorcha en tu celeste imperio
mas que el sol hechicera.

Sublime cual ninguna
mares de luz por los espacios lanza:
el astro del amor y la esperanza
no es tan hermoso cual tu blanca luna.

Con rico aroma, plácido beleño
tu amiga mano por los aires vierte;
y al triste envias el sopor y el sueño
présago de la muerte.

Su soplo susurrante
callan los vientos en el bosque umbrío:
solo cantan la mar, la fuente, el río,
para adormirle como á tierno amante.

Él en sus penas con humilde acento
tu tierna aparicion, tu reino invoca;
y en la region del triste pensamiento
nuevas dichas evoca.

Con gloria apeteuida
la amarga pena y el dolor engaña,
y al alma amante que en tu aroma bañas
nuevo sol le prometes, dulce vida.

Llega y enluta cielo y horizontes :
tu manto estiende por el aire vano :
prende sobre la cumbre de los montes
tu dosel soberano.

Y pues mi pecho llora
de enemiga fortuna el ciego encono,
súbeme hasta las gradas de tu trono....
¡Nadie cual yo tu magestad adora !

Vengas en paz ! El alma del doliente
salude jubilosa tu llegada ,
mientras desparces tú por el Oriente
tu oscuridad sagrada.

Mas si brillar ansía
tu magestad de reina cual ninguna ,
oh ! mira aquí , mas bella que tu luna ,
la pura Luz que adora el alma mia.

ANTONIO ARNAO

CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

LA MADRASTRA.

(Continuacion.)

VI.

Era sábado. Los sábados, como sabeis, hijos míos, es día de media escuela, pero los chicos, á quienes por conveniencia propia hace la vista gorda el maestro, han suprimido la media escuela también, dejando todos de asistir á ella.

Don Juan Saca-cuentas estaba á la sombra del emparrado que había á la puerta de la escuela leyendo las *Guerras de Flandes* á unas vecinas, que sentadas en sus celemines (1) cosían también bajo el emparrado, y entre las cuales se hallaba Ramona, la excelente anciana que en otro tiempo aconsejó á Martín que se casara. Don Juan era muy aficionado á historias, guerras, y si las guerras eran muy sangrien-

tas, tanto mejor. Al parecer nada tienen que ver los soldados con los maestros de escuela; pero don Juan Saca-cuentas encontraba mucha semejanza entre unos y otros, porque los soldados dan lecciones á las naciones, y los maestros á los ciudadanos, sacando unos y otros sangre y lágrimas.

Las hijas de Martín vieron el cielo abierto cuando vieron al maestro, pues temían que anduviera por aquellos andurriales haciendo provision de varas de avellano para la semana, operacion á que solía dedicar parte del sábado.

—Ya van de vendeja las motilas de Martín, dijo una de las vecinas viendo á las niñas que se acercaban.

—Válgame Dios, añadió Ramona, qué entrañas tiene esa Joaquina! Siempre esas pobres criaturas al remo!...

—No tiene ella la culpa, que la tiene el bragazas de Martín que lo consiente.

—Ay, si la pobre Dominica, que Dios haya, levantára la cabeza y viera como andan las hijas de sus entrañas!

—Pícaras de madrastras! Cómo ellas no las han parido!

Hija, cuando una se muere debiera llevarse consigo los hijos chiquititos.

—Qué verdad dice Vd., hija! Pero lo que mas me aturde es lo descastada que se ha vuelto esa Joaquina. Vamos, yo no lo creería sino lo viera. Ella es trabajadora, mujer de su casa, buena para su marido, buena para las vecinas, buena para los pobres, y solo para sus entenadas es mala.

—Qué quiere Vd., hija, es madrastra, y el nombre le basta, como dice el adagio.

—Pues ande Vd., dijo Ramona, un hijo tiene, y Dios sabe si mañana harán con él lo que ella hace hoy con esas niñas. Dios castiga sin palo, y como dijo el otro, el que escupe al cielo....

Las niñas llegaron en aquel instante.

—Buenos días tengan Vds., dijeron poniendo en el suelo las cestitas.

—Buenos os los dé Dios, hijas. ¿Con qué vais á Valmaseda?

—Calle Vd. por Dios, señora, que estamos frescas con las cosas que nos manda señora madre, dijo Isabel; y añadió dirigiéndose al maestro.

—Señor don Juan, ¿nos hace Vd. el favor de sacar una cuenta?

—Aunque sean dos, contestó el maestro halagado en su vanidad de gran contador. Veamos qué cuenta es esa.

—Señora madre nos ha dado á una cincuenta peras de San Juan, á otra treinta y á otra diez, y quiere que vendiéndolas todas á un mismo precio, traigamos á casa el mismo dinero una que otra.

(1) En todas las casas del país á que nos referimos, es mueble indispensable el *celemin*, que sirve sobre todo para medir el *zurron*, en vascuence *zorroa-saco*, ó sea el grano que semanalmente se envía al molino para el gasto de la familia. El *celemin* es una caja cuadrilonga de madera, dividida horizontalmente por una tabla, que deja á un lado la cavida de un *celemin*, y al otro lado la de medio. Este mueble suele ser el asiento del ama de casa, particularmente á la orilla del hogar. No es nuestro principal objeto pintar costumbres, sino si alguna vez se nos presenta ocasion de matar dos pájaros de una pedrada, ¿por qué no los hemos de matar?

—Ave María Purísima, qué disparate! exclamaron las vecinas.

—Muchachas, muchachas (1), dijo el maestro con aspereza, si quereis divertiros comprad una mona, que conmigo no se divierte nadie.

—Si le digo á Vd. que no es chanza....

—Andad enhoramala, trastos!

—Jesus, María y José, qué incrédulo es Vd., don Juan, exclamó Ramona. Cuando las chicas lo dicen verdad será, que ellas no lo habian de sacar de su cabeza.

—Pero señora, replicó el maestro, si lo que dicen esas chicas que quiere su madrastra no tiene piés ni cabeza; no puede ser....

—Tambien decia Vd. que no podia ser el que un padre que tenia tres veces mas edad que su hijo llegára á tener nada mas que el doble....

Este recuerdo sacó los colores al maestro, quien se decidió al fin á ajustar la cuenta que le indicaban las niñas, porque se hizo esta reflexion.

Tiene razon, que tambien aquello parecia imposible, y sin embargo no lo era. No sea que me suceda otra como la de marras, y vuelva yo á ser el monote de la aldea!...

—Vamos, vamos á ver esa cuenta, dijo al fin sacando del bolsillo un lapiz y disponiéndose á trazar números en la cubierta del libro, que estaba forrado de papel blanco, para que no se manchara la pasta de la encuadernacion.

El maestro hacia números, los borraba, miraba al cielo, se mordía las uñas, apoyaba la frente en la mano en actitud meditabunda, volvía á escribir, y volvía á borrar, pero la cuenta no salía.

Las niñas seguian aquellas operaciones con ansiedad, y con curiosidad las mujeres.

—Sale, don Juan... sale? preguntó una de estas.

—Vayan Vds. al cuerno y no me interrumpán: replicó encolerizado el maestro. Y volvió á trazar números y á borrarlos, y á meditar y á escribir, y á borrar nuevamente, de modo que la cubierta del libro estaba ya llena de números y tachones.

—Sale, don Juan, sale, volvió á preguntar una de las vecinas. Y otra añadió con maliciosa sonrisa:

—Calle Vd. señora, que ya va saliendo!

—Váyanse Vds. con una recua de demonios, exclamó el maestro, echando lumbré por los ojos y tirando al suelo el libro y el lapiz.

—Si es Vd. un bocon! dijo una de las vecinas; si sabe Vd. de cuentas tanto como yo! le echa á Vd. la pata mi chico en lo tocante á cuentas! Si no tiene Vd. mas que fantasía!...

(1) *Muchachas*, voz tomada del vascuence con alguna adulteracion.

El muchacho se llama en vascuence *mutil*.

Y todas las vecinas se pusieron á reir en coro. Já, já, já, el mejor contador de Vizcaya! Já, já!

—Señoras! señoras!.. balbuceó don Juan temblando y casi mudo de coraje.

—El mejor contador de Vizcaya! Já, já, já! continuaban las vecinas.

Don Juan, loco, desatentado, vomitando improperios contra aquellas mujeres en particular, y contra todas en general, corrió hacia la escuela como perro con maza, y dando un terrible portazo se encerró en ella.

Poco despues las niñas con sus cestitas en la cabeza seguian camino de Valmaseda, tristes, desconsoladas, sin saber cómo gobernárselas para que á la vuelta no las sentára su madrastra la mano. Sin embargo, Ramona les habia infundido alguna esperanza diciéndoles:

—Id descuidadas, hijas, que luego me iré yo á ver á la perrona de vuestra madrastra, y le diré cuántas son cinco.

VII.

Al entrar en la plaza de Valmaseda, dijo Isabel á sus hermanitas:

—Si no podemos obedecer en todo á señora madre, obedezcámosla en algo, en vender todas las peras á un mismo precio, y para estar siempre de acuerdo, no nos pongamos muy separadas.

En efecto, las niñas se sentaron con su mercancía delante, á corta distancia una de otra, arrimadas á la pared de la iglesia de San Severino, despues de acordar el precio á que habian de vender las peras.

A corto rato llegó un caballero, y preguntó á Isabel:

—Chica, cuántas peras das al cuarto?

—Siete.

—Pues dame siete cuartos de ellas.

Isabel le dió cuarenta y nueve peras, y recogió los siete cuartos.

—Y á mí no me lleva Vd. ninguna, caballero? preguntó Teresa al parroquiano de su hermana.

—Cuántas das?

—Lo mismo que esa, siete al cuarto.

—Cuatro cuartos de ellas, que al cabo siempre le habeis de hacer á uno pecar.

Teresa le dió veinte y ocho peras, y se embolsó cuatro cuartos.

—Ande Vd., caballero, dijo Mariquita al mismo comprador, lléveme Vd. tambien á mí un cuartito de peras, que no he de ser yo menos que esas.

—Tienes razon, que la mas chica de las tres no ha de ser la mas desgraciada.

—Cuántas das?

—Siete como esas.

—Pues echa aquí un cuartito.

Mariquita echó en el pañuelo del caballero siete peras, y el caballero echó en su mano un cuarto.

Las chicas así que quedaron solas se pusieron á ajustar sus cuentas, y resultaba que Isabel se encontraba con una pera y siete cuartos, Teresa con dos peras y cuatro cuartos, y Mariquita con tres peras y un cuarto.

¡Tracitas llevaba el negocio de salir como la madrastra de las chicas había mandado!

Pasó una hora y pasó otra, y las peras restantes no se vendían, porque cuantos se acercaban y veían surtido tan miserable, seguían adelante sin detenerse, y eso que apenas quedaba en el mercado fruta para un remedio.

—Madre mía, qué va á ser de nosotras! esclamaban las niñas con los ojos arrasados en lágrimas, cuando de repente, trán, trarán, trán, trán, suenan tambores, y la gente corre en tropel hácia la puerta de Mena.

Era que entraba un batallón de tropa.

Oficiales y soldados se desparramaron poco después por la plaza arramblando con cuanta fruta encontraban, que era bien poca en verdad.

Las hijas de Martín escondieron las peras que les quedaban, y cuando ya la tropa estaba cansada de buscar fruta sin encontrarla, volvieron á descubrirla.

Un tropel de soldados se lanzó bolsillo en mano á comprarlas.

—A cómo son esas peras, patroncitas?

—A tres cuartos cada una.

—Qué escándalo!

—No son menos, contestaron las niñas.

Y viendo los soldados que los que venían detrás iban á pagar las peras al precio que se pedía por ellas, si ellos no las compraban, se apresuraron á dar:

A Isabel, tres cuartos por una pera.

A Teresa, seis por dos.

Y á Mariquita, nueve por tres.

Las niñas volvieron á ajustar cuentas y se encontraron con diez cuartos cada una. La cuenta que no había podido sacar don Juan Saca-cuentas, era sacadera, y muy sacadera!

¡Ah pícara, repícara madrastra, qué chasco te has llevado! creías haber llegado ya la suspirada ocasión de zurrar á las niñas? Anda, rabia! rabia! rabia!

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.



LOS PINTORES DE FIESTAS GALANTES.

¿Sois aficionadas, queridísimas lectoras á la pintura? ¿A este arte que nos representa con tanta verdad la naturaleza, las costumbres domésticas, los trajes de los diferentes países, los sucesos mas graves de la Historia, y todo, en fin, cuanto pueda interesar al corazón humano?

No podéis por menos de contestarme afirmativamente, porque ¿á quién no gusta ver un buen cuadro? ¿Quién no admira por ejemplo el pincel de Rafael el sublime, del eminente Ticiano, del simpático Velázquez, y de otros muchos que nos sería fácil enumerar?

Nos agrada á todos la pintura por profanos que seamos en su arte, y considerándoos pues aficionadas, voy á hablaros de algunos géneos que han sobresalido en él, dedicándose á reproducir en el lienzo *fiestas galantes*, género pictórico el mas á propósito para vuestra alegre y bulliciosa imaginación.

¡Cuánto no deberán llamar vuestra atención los cuadros que adornan vuestros lindos gabinetes! ¿Hay cuadros mas á propósito para las habitaciones de una jóven, que esos que representan ora un baile de aldea, ora una merienda en el campo, y otros mil graciosos á la par que sencillos asuntos, debidos á la fecunda imaginación y al diestro pincel de aventajados artistas? ¿No pocas veces en momentos de ocio habreis fijado la vista en risueñas zagalas, ó en apuestos galanes representados en algun cuadro de vuestro aposento, y á buen seguro que al contemplarlos se habrán borrado quizás las sombras de mal humor que divagaban por vuestras frentes? Sabed, pues, cuales son los autores mas conocidos de tan preciosas pinturas, los hombres que han tenido tan felices ideas, y que las supieron reproducir de tal modo en el lienzo, que nos causan risa al mirar sus cuadros grotescos, ó inspiran agradable ternura con los que figuran infantiles juegos.

Reducidos en estas líneas á breves límites, no hablaremos de todos los pintores de *fiestas galantes*. Nos ocuparemos solo de Watteau, que por sus excelentes cuadros ha merecido de la posteridad nombre imperecedero y una gloria artística, mas envidiable que todo el oro del mundo. Veamos, pues, su curiosa biografía.

Nació Antonio Watteau en 1684 y falleció en 1721. Interesante pintor de la galantería, historiador amable de anécdotas y de placeres, ¡cuántas veces tus hermosos lienzos no nos recordaron los cuadros del incomparable Hamilton! Aquí, el rey Carlos II llevando consigo su voluptuosa corte y paseándola sobre el Támesis; grupos de barquichuelos aguardando en

White-Hall; la corte bajando, á manera de brillante cascada, por espaciosas escalinatas que finalizan en el rio, y estas alegres escuadras del amor dejándose conducir por encima de las ondas. Allí, alguna nocturna escena todavia mas encantadora: aquella, por ejemplo, en que milord Rochester y el conde de Killebrew, embozados en sus capas, desembarcan en las alamedas de Hyde-Park á las señoritas de Hobart y del Temple, temblorosas debajo de sus negras máscaras; ó bien la rubia Jennigs, dama de honor de la Reina, disfrazada de jardinera y figurando vender naranjas en la puerta del teatro, antes de pedir la buena ventura á un famoso nigromántico aleman que se hablaba en Londres.

Si los felices habitantes de los lienzos de Watteau no llevan precisamente los trajes históricos de la época, si mezclan en sus vestidos algo de la fantasía espiritual de su manera de amar, ¿es eso decir, que no está propia la vida del siglo XVIII, y que ese pintor no fuese historiador muy agradable? Cuando un siglo usa polvos en el cabello, lunares en el rostro, lentejuelas en los vestidos, bermellon en los carrillos y en los tacones, cuando la realidad está tan próxima á ser imaginaria, ¿no es el capricho el derecho divino del sastre, y hasta la misma verdad no se ve confundida por la invencion? Madama de Grignan escribia un día á su hija Madama de Simiane: «No hay nada mas divertido que acompañarla cuando se está peinando (la duquesa de Borgoña); estuve el otro día, se despertó á las doce y media, se puso su bata, y vino á peinarse y á comer un meringue en su tocador; se riza y empolva ella misma el cabello; come al propio tiempo; sus dedos cojen alternativamente la borla y el meringue, come los polvos y engrasa el cabello: en fin, el conjunto forma un buen almuerzo y un magnífico peinado.» Asuntos tan interesantes como este, que se parecen al día que sigue á un baile, cuando no son mas que mañanas que preceden á días ordinarios, ¿no daban á los pintores toda la libertad de la máscara? y ¿quién se podía quejar de ellos si abusaban de esta misma libertad con génio?

Eternas variantes del verbo *amar*, las obras de Watteau ofrecen siempre preciosas perspectivas. La vida humana aparece en ellas como la continuacion, sin fin, de un baile de máscaras al aire libre, teniendo por techo el cielo ó verdes y frescos ramajes. Si vienen, es de una floresta para donde volverán á marchar; si se embarcan, es la *marcha á Cytherea*. La onda es pura y tranquila; los saucos dejan bañar en ella negligentemente sus perezosas ramas; á lo lejos, la aérea espuma de los surtidores, busca la cumbre del bosque; una isla parece estendida sobre el lago, misteriosamente envuelta en las nieblas de lontananza. Algunos galantes caballeros, de pie en la ribera, dan amorosamente la mano á las señoras, y se embarcan

para la alegre peregrinacion á Cytherea. Vénus, risueña y cubierta con descuido, los recibe en su góndola, mientras que los Amores, sacudiendo sus alas, hacen de pilotos de la embarcacion... ¿Es posible extrañar, despues de todo esto, que Watteau hiciese en aquel tiempo furor, y que las marquesas quisieran tener sus obras hasta en sus abanicos? Verdadero periodista de la pintura, salia diariamente y no podía dar alcance á los deseos de todos. Para el trabajo era infatigable; y en tratándose de asuntos alegres, la gracia asomaba siempre debajo de su pincel. Colorista brillante y entendiéndolo, sembró de perlas cada uno de sus cuadros que, bajo el nombre de *Diversiones campestres y Fiestas venecianas*, representan bailes y comidas sobre la verde yerba; galantes conversaciones donde las damas escuchan secretas frases, apoyadas en el hombro de un amante, dejando ver sus blancos dientes detrás de su máscara de terciopelo. Gozaba pintando rasos rayados, telas tornasoladas, y marcando con vivas pinceladas los detalles de la ropa, las flores entrelazadas en el peinado de las damas, las lentejuelas del corpiño, y las cintas de las calzas de los caballeros, con los lazos de sus zapatos de altos tacones. En una palabra, hacia sus cuadros del mismo modo que se vestía la duquesa de Borgoña: «Sus dedos cogen alternativamente la borla y el meringue; come los polvos y engrasa el cabello: en fin, el conjunto forma un buen almuerzo y un magnífico.... cuadro....»

Atormentado de vaga inquietud y del deseo de viajar, que particularizan á ciertos enfermos, Watteau marchó para Inglaterra, triste morada por cierto, para un hombre que necesitaba calor, alegría y sol. No pudo permanecer mucho tiempo en un pais donde el humo del carbon de piedra le roía los pulmones; su melancolía, en vez de disiparse, hizo progresos: por precision hubo de pasar otra vez el mar; y, cuando llegó á Francia, su estado de languidez consternó á sus amigos. *El pintor de las fiestas galantes* no se sonreía ya mas que amarga é irónicamente. Se retiró á Nogent-sur-Marne, en casa de Mr. de Julienne, donde continuó pintando conversaciones sobre el musgo, citas misteriosas en los bosques, junto al agua; mezclando tambien alguna vez, escenas militares, *campamentos*, descansos, y marchas de tropa, siempre complicadas con lindas cantineras, que se destacan del lienzo con sus uniformes de diferentes colores.... Pero el presentimiento de su próximo fin habia vuelto á Watteau triste, lúgubre, ó de una alegría sardónica.

Su último cuadro fué de una bufoneria penetrante. Era una escena del *Enfermo imaginario*, que acababa por el entierro del enfermo en presencia de la Facultad, la cual rodeaba la tumba con traje de ceremonia; chanza triste despues de la cual le cayó

el pincel de las manos. A los 37 años de su edad, en 1721, acabó su misión en la tierra, en esa tierra que le parecía tan bella, donde había esas mujeres que él pintaba tan hermosas, tan coquetas, apuestas y encantadoras, dentro de sus vestidos de seda y de su cutis aterciopelado.

Ahí teneis, amables lectoras, los rasgos que principalmente caracterizan las pinturas del célebre Watteau, de ese jóven que en tan pocos años recorrió el gran camino del arte, y el cual fué el primero en obtener el título de *pintor de fiestas galantes*, creador de ese género de pintura tan simpático para nosotras, y jefe de una escuela (1).

ADRIANA F. DE JANER.

BIBLIOGRAFÍA.

Recomendamos á nuestras lectoras la coleccion de poesías, que con el título de *Flores perdidas*, está publicando el Sr. D. Carlos Frontaura. La circunstancia de ser su autor uno de los colaboradores de nuestro periódico, nos impide hacer su elogio. Se publica por entregas de 16 páginas en 4.º, siendo el precio de cada una real y medio en Madrid y dos en Provincias; y medio real menos para los suscritores al *Correo de la Moda*. Se suscribe en las principales librerías, y en la calle de Torija, núm. 14, cuarto bajo.

J. PEREZ.

MODAS.

En el número anterior no nos ocupamos de esta materia, que es la especial de nuestro periódico, por haber de ceder su espacio á la de *Labores*, esencial tambien para nuestras suscriptoras.

Y sin embargo, Noviembre es el punto de partida de las modas de invierno: las campanas de Todos los Santos, con su eco fúnebre, al mismo tiempo que nos prescriben el recogimiento y la oración por los difuntos, nos anuncian la muerte de la naturaleza, ó lo que es lo mismo, la despedida del buen tiempo.

El invierno exige trajes confortables y suntuosos, pero al disfrutar comodidades, al vivir entre magnificencia, no puede el corazón sensible y bueno de la mujer, olvidar al pobre que vive en la bohardilla careciendo de abrigo y de alimento: cercenemos, pues, algo de nuestro supérfluo, para socorrer á alguna familia desgraciada.

A propósito de lujo, leemos en un periódico extranjero que acaba de fundarse en Tarbes una sociedad de

(1) Las noticias que damos en este artículo están acordes con las de un precioso librito titulado *Les peintres des fêtes galantes*, escrito por Mr. Charles Blanc, y publicado en París por MM. Jules Renouard y Compañía, cuya adquisicion recomendamos á nuestras lectoras.

señoras, cuyo distintivo es una medalla con este lema: *Modestia y Sencillez*. Para ser admitida en ella, es preciso renunciar á las pompas y vanidades del tocador; no usar volantes ni crinolina; contentarse con un traje oscuro y un velo sencillo. Sin duda, alguna de nuestras lectoras nos dirá que esto es demasiado exigir de una hija de Eva. Poco á poco, amigas mías: no es oro todo lo que reluce. Estas privaciones tienen su parte filosófica. Dicen los hombres que no se atreven á casarse porque nuestro lujo les asusta. Enhorabuena; pero que nos den el ejemplo buscando la virtud y la belleza que ahora desdennan, sino va acompañada del fausto y la coquetería. Sin duda que una mujer no debe gastar mas de lo que permite su posición, pero cuando es rica, los gastos de su tocador son el sosten de las clases trabajadoras.

Y qué diremos si estos gastos satisfacen el amante corazón de una madre, empleándose en el adorno de sus hijos. A estos tiernos pimpollos dedicamos hoy nuestro artículo, que de ningún modo podríamos llenar mejor que con la siguiente

Explicacion del Figurin.

FIG. 1.^a Niño de diez á once años.—Pantalon de paño; chaquetita de terciopelo, de aldeta larga, y chaleco de piqué blanco, de cuello recto.

FIG. 2.^a Niña de seis años.—Vestido de poplin de color de avellana. Abrigo de paño grana, compuesto de una falda de bastante vuelo para que forme pliegues, adornada al canto por una ancha tira de terciopelo; y una larga esclavina, tambien adornada con tiras de terciopelo negro colocadas de modo que marquen picos en medio de la espalda, y separadas por una distancia igual á su ancho. Sombrero negro de castor, con blonda al aire, con una pluma y un lazo de cinta negra.

FIG. 3.^a Niño de cuatro años.—Vestidito de terciopelo cortado azul, cuya falda lleva de trecho en trecho carreras de botones entre dos terciopelitos negros, y la chaquetilla, que cierra por delante con botones, va tambien adornada con carreras de los mismos, y terciopelos como la falda.

FIG. 4.^a Niña de diez años.—Cuerpo de muselina blanca hecho todo á tabilitas, terminado en el escote con un pequeño bordado, y cuyas mangas llevan dos guarniciones rizadas con hierros. Falda de glase, color de rosa, cubierta de volantes encañonados, con berta igual, que va sobre el cuerpo blanco, y cuyas puntas, despues de cruzadas por delante, van sujetas en las caderas con lazos de color de rosa.

FIG. 5.^a Niña de cinco años.—Vestido de poplin de cuadros. Albornoz de paño gris, con una tira de paño azul todo al rededor, sobre la que van unos terciopelitos colocados al biés. Sombrero de terciopelo, color de perla, con pluma y lazos azules.

FIG. 6.^a Niño de siete años.—Traje de terciopelo color de castaña, guarnecidas la chaquetilla y falda por una tira de terciopelo negro, y encima un bordado con trencilla ó cordon negro, cuyo bordado cubre todas las costuras de la falda. Gorrita de terciopelo negro con plumas.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.